

Y así fue. *Triste tigre* tiene detrás la historia de una mujer que de pequeña sufrió abusos por parte de su padrastro y que reflexiona sobre el sentido de la experiencia que le tocó vivir. Sabedora que nunca entenderá realmente lo que pasó, sigue buscando las razones y las sinrazones en la memoria, con la distancia pacificadora de los años, pero con la rabia intacta. Una rabia contenida, pero muy presente y deslumbrante, una vez transformada en literatura.

En la intimidad de la lectura seguimos su testimonio y todas las dudas y angustias que ha significado llevarlo al papel. El resultado, una pieza literaria valiosa, capaz de atraparnos y guiarnos por una oscuridad en busca de algo, de luz. Escrito a partir de capítulos breves, a modo de retratos, crónicas, apuntes de memorias, «reportajes», *Triste tigre* es un libro híbrido que tiene tanta fuerza, o más, por cómo está contado que por lo que cuenta. Es sobre todo el

tratamiento que Sinno ha dado a su historia, lo que hace de este libro una obra única y singular, altamente atractiva. Porque estas historias están en todas partes, pero cómo contarlas... Es un reto.

Y claro está que en la base hay un material autobiográfico, cierto, pero ello no le quita en ningún momento valor ni intensidad a la parte artística y literaria de la obra. Recuerden los lectores nombres como Annie Ernaux, Maya Angelou, Janette Winterson, Joy Harjo, María Campbell, Natasha Tretheway, bell hooks, entre tantas, todas ellas han creado memorias y memoria con obras literarias maestras, testimonios en primera persona sobre la violencia, marginación y malos tratos que observaron o sufrieron. Obras que perdurarán en el tiempo, como la de Neige Sinno. –
LOURDES TOLEDO.

Neige Sinno, *Triste tigre*, versión de la autora, Barcelona, Anagrama, 2024.

Todos al infierno

YA son cuatro los premios que el sello De Conatus, con una trayectoria de apenas siete años, atesora en su haber, el Pulitzer de Joshua Cohen por *Los Netanyahu*, el Nobel de John Fosse, el National Book Award 2024 y el aún más

reciente Pulitzer 2025 a Percival Everett por su *James*. Entrevistado por la revista *Time*, Everett confiesa que le chirría el talante simplón y supersusticioso con que se describe a los negros en la literatura canónica, de ahí que se planteara la reescritura del

clásico de Mark Twain, *Huckleberry Finn*, poniendo el foco de la narración en el negro Jim. En esta ocasión usa el nombre completo, James, más contundente, para dar voz a la población negra distorsionada o silenciada por la Historia y observamos que, en ese reencuentro, hay todavía mucho que decir.

El personaje es un hombre culto que aprendió a leer y a escribir entrando a hurtadillas en la biblioteca del juez Thatcher y que mantiene un diálogo continuado con Voltaire y con John Locke, a quien pide cuentas por su forma de proceder en democracia, por seguir justificando la esclavitud. James mantiene el habla propia de un esclavo analfabeto cuando se dirige al hombre blanco porque piensa que a los blancos les gusta sentirse superiores, para que no haya lugar a dudas sobre quién ostenta el poder: «...la gente blanca espera que hablemos de una manera determinada y siempre va bien no decepcionarlos... Los únicos que sufren cuando les hacemos sentirse inferiores somos nosotros. O quizás debería decir “cuando no se sienten superiores” [...] “No hay que mirarlos a los ojos –dijo un chico... Nunca seas el primero en hablar dijo una niña”. En privado James es un hombre tierno, con esa enorme capacidad de amar propia de un ser superior que no duda en huir por el río cuando llega a sus oídos que la señorita Watson tiene intención de venderlo y separarlo para siempre de su mujer, Sadie, y de su hija Lizzie. Así es que decide escapar con idea de llegar

a un estado libre desde donde recuperar a su familia; será su amistad con Huck la que guíe sus pasos en la balsa y en el río.

El río, lejos de ser el manantial de purificación que veíamos en el libro de Twain, es ahora un lugar enfangado, peligroso para el hombre, laberíntico y confuso, que mata impunemente, absurdo y carente de piedad: «El mundo se volvió acuático y negro. Estaba sumergido en el lodo del Misisipí. No podía ver absolutamente nada. No me podía erguir. No oía nada, aunque sabía que Huck estaba gritando. Puede que sintiera cierta presión en el pecho, pero no podía ubicarla exactamente». No lo reconocemos pero claro, es que trata la otra cara de la Historia, la que todavía estaba por contar, «El Misisipí, de hecho, parecía muchos ríos distintos. El nivel del agua siempre estaba subiendo o bajando. El sedimento se movía de un lado a otro y cambiaba las ubicaciones de los bajíos y los bancos de arena. Las islas cambiaban de forma y a veces quedaban completamente sumergidas, mientras que unos salientes desaparecían y otros se materializaban de la noche a la mañana. El resultado era que no sabíamos dónde estábamos».

El diálogo socrático entre James y Huckleberry pone de manifiesto la confusión que impera en un mundo donde ya nadie está atento a las señales: «¿Y la gente no es parte de la naturaleza? / Si lo es, no es una parte buena. El resto de la naturaleza ya no habla con la gente. Quizá lo intenta de

vez en cuando, pero la gente no escucha». El blanco solo es fiel a su disfraz. Y se ocupa obsesivamente de sus posesiones, «Te juro que creo que dedican un rato cada día a contar los paños, las cucharas, las tazas y esas cosas», dice Sadie, la mujer de James. Además viven la religión como «una herramienta de control que usan y a la que se adhieren cuando les conviene».

En el libro de Mark Twain, Huckleberry Finn decide, «muy bien, pos voy al infierno», el negro Jim es su amigo y no le va a traicionar. Y ese es su aprendizaje. James desde el minuto uno ya está en ese estadio de sabiduría donde «Hay que hacé lo que hay que hacé. [...] Si necesitas una regla que te diga lo que está bien, si te lo tienen que explicá, entonces es que no eres bueno. Si necesitas que venga un Dios y te diga lo que está bien y lo que está mal, es que no lo vas a saber nunca». Percival Everett en un guiño a Twain escribe: «Me quedaría con el cielo por el clima; pero elegiría el infierno para mi tan esperado almuerzo con Mark Twain». Y es toda una declaración de principios.

En la narración, la orilla es ese lugar no menos sórdido que el río, donde el Duque y el Rey han capturado a Huck, donde los blancos azotan, violan y matan impunemente a hombres y mujeres de raza negra por el simple placer de dominar: «El culo en pompa, chica. / Por favó, señó Hopkins. / El golpeteo de sus carnes fue terrible, repulsivo, música maligna para cualquier oído. Katie le suplicaba que parara...». Al menos James cuenta con su lápiz, el lápiz que otro negro robó para él y claro, lo lincharon, «Pero lo que me interesa es cómo hacer que las marcas que estoy dejando en este papel puedan ser significativas. Si tienen sentido, entonces la vida también lo puede tener y yo lo puedo tener». Como en *Los Árboles*, el resultado es coral y apocalíptico, una actitud ante la injusticia, una búsqueda. Y sí, visto lo visto, mejor en el infierno. – ROSA BURILLO.

Percival Everett, *James*, Madrid, De Conatus, 2024.

Minimal nórdico

EMPECEMOS por el final: *Despedado*, la última novela de Carys Davies, incluye un apéndice con un glosario del nórnico, idioma

de las islas Shetland que empezó a declinar cuando el rey danés malvendió las islas a Escocia en 1469. Davies quedó fascinada con esta rareza